

## La red de la Amabilidad

A veces, cuando miro por la ventana del coche en un viaje largo, o cuando paseo con mi abuela por la plaza, pienso que los sitios donde vivimos son como personas. Tienen su carácter, su forma de ser. Y los mejores, los que más me gustan, son aquellos que son amables. No amables como cuando dices “gracias” por educación, sino amables de verdad, de esas que te abrazan sin usar los brazos.

Mi pueblo no es muy grande. Tiene una plaza con una fuente que ya no echa agua, pero a los pájaros les da igual, porque ellos se sientan en el borde a charlar. Allí, la amabilidad huele a pan recién hecho por las mañanas. Inés, la panadera, siempre me da un abrazo aunque solo la conozca por mi abuela y siempre me dice: “¿Qué tal el día, mi amor?”. Y con ese simple mensaje el camino a casa sabe mucho mejor. La amabilidad suena a “buenos días” dicho sin prisas. Pedro, el vecino de al lado, siempre está regando sus macetas y levanta la cabeza para saludar, aunque lleves la cabeza embotada mirando el móvil. Él no tiene prisa. Sabe que un “buenos días” puede cambiar un día triste.

En mi pueblo, la amabilidad es la cosa más importante. Es el banco verde, justo debajo del árbol más grande, donde siempre hay alguien. A veces es un grupo de abuelos contando anécdotas de cuando eran pequeños, otras veces una mamá cuidando a su bebé, y otras, como a mí me pasa, un niño leyendo un libro. Ese banco no es de nadie y es de todos.

Nadie lo rompe ni lo pinta con spray. Porque todos saben que es un sitio importante, un sitio donde la gente se sienta a ser feliz un rato. Eso es amabilidad: cuidar las cosas que sirven para que los demás sean felices.

Yo vivo en una ciudad y de pequeña me daba un poco de miedo, porque es muy grande y todo el mundo va con prisa, como si llevaran un motor por dentro. Pero mi tía, que es muy lista, me enseñó a buscar la amabilidad escondida. Y la encontré. Es más tímida, pero está ahí.

En la ciudad, la amabilidad es el señor del kiosco que te guarda el último cromó que te falta para la colección porque le caes bien. Es la sonrisa que te dedica la dependienta de la librería cuando vas a hojear libros y no a comprar, y ella te dice “tómate tu tiempo, cielo”. En la ciudad, la amabilidad a veces no tiene palabras, sino patas. Es el perro de un señor sin casa que duerme en un cajero, y al que otra señora le lleva cada tarde un taper con comida y agua fresca. Nadie le ha pedido que lo haga. Lo hace porque su corazón le dice que tiene que hacerlo.

He decidido que la amabilidad es una red invisible. En los pueblos, los hilos de esta red están muy juntitos, casi se tocan. Todo el mundo conoce a todo el mundo y la red es fuerte, como un jersey de lana que te teje tu abuela para el invierno.

En las ciudades, los hilos están más separados, es una red más grande y con agujeros. A veces la gente se cae por esos agujeros y se siente sola. Pero lo bonito es que siempre, siempre, hay alguien tejiendo. Alguien que con un pequeño gesto, como ceder el asiento en el autobús, o ayudar a una señora a bajar la compra del coche, está uniendo dos hilos. Está haciendo la red más fuerte para que nadie se caiga.

A mí me gusta ser una tejedora de amabilidad. En el pueblo, es fácil: ayudar a recoger las manzanas que se le han caído al abuelo Pepe o sentarme a escuchar una historia de la abuela. Yo siempre intento ser un hilo brillante. Le sonrío al niño que va llorando en el supermercado. Le digo “qué bonito es tu vestido” a la chica que está en la parada. Son cosas pequeñas, lo sé. Pero mi abuela dice que el mar está hecho de gotitas pequeñas, y mira lo grande e importante que es.

Al final, creo que los pueblos y las ciudades amables no son los más bonitos. Son aquellos donde la gente no tiene miedo de ser un hilo en la red. Donde entienden que un “hola”, una galletita o una sonrisa a tiempo son como varitas mágicas: no se ven, pero lo cambian todo. Y ojalá, cuando sea mayor, pueda seguir viviendo en un lugar así y seguir siendo, para quien lo necesite, un banco verde donde descansar, o una mano que teje un hilo de color en un día gris. Porque al final, esa red nos sostiene a todos. Y eso es lo más bonito del mundo.